

TANIZAKI, EL PARADIGMA

Ednodio Quintero
Universidad de Los Andes
ednodio@gmail.com

RESUMEN

Junichiro Tanizaki (1886-1965) es considerado como uno de los escritores más representativos de la narrativa japonesa del siglo XX. Con una obra densa y prolífica, que abarca al menos seis décadas, se puede afirmar que Tanizaki es el paradigma de la literatura de su país. Conocedor en profundidad de su propia cultura y admirador de la cultura occidental, logró establecer un delicado equilibrio entre la tradición y los reclamos de la modernidad. La relevancia de su obra, centrada en la búsqueda de la belleza, el erotismo y la descripción de usos y costumbres de una sociedad en constante transformación, responde a la conciencia hipercrítica del narrador y a una constante indagación en su mundo interior. De su vasta obra, la menos conocida en occidente es la formada por más de un centenar de relatos y novelas cortas, algunas de las cuales están siendo traducidos directamente al español.

Palabras clave: Japón, narrativa, novela japonesa, Tanizaki Junichiro

ABSTRACT

Junichiro Tanizaki (1886-1965) is considered one of the most representative of Japanese narrative of 20th century writers. With a dense and prolific work that spans six decades, we can affirm that Tanizaki is the paradigm of his country's literature. Connoisseur in depth of their own culture and admirer of Western culture, he has achieved a delicate balance between tradition and modernity claims. The relevance of his work, focused on the search for beauty, eroticism, and description of uses and customs of a society in constant transformation, responds to the hypercriticism narrator's consciousness and a constant inquiry in his inner world. Of his extensive work, the part least known in the West is formed by more than a hundred

short stories and novellas, some of which are being translated directly into Spanish.

Keywords: Japan, narrative, novel Japanese, Tanizaki Junichiro

Si hubiera que elegir un autor emblemático y representativo de la novela moderna japonesa, aquel que mejor expresara mediante el uso estético del lenguaje los diversos cambios que se sucedieron en el siglo XX en su país y en el mundo, muchos de ellos inducidos por razones históricas, económicas, políticas y culturales, éste sería sin ninguna duda Junichiro Tanizaki (1886-1965). Aunque en Japón se considera que el escritor clásico por excelencia es Natsume Soseki (1867-1916), quien supo darle a la lengua hablada un lugar propio en la literatura y que se sigue leyendo con fervor e interés, pienso que Tanizaki le lleva ciertas ventajas en razón de la amplitud y variedad de su obra, además de los atributos decididamente modernos, audaces, vanguardistas y en ocasiones geniales de la misma.

Tanizaki, un escritor multifacético y dotado de un talento excepcional, se mantuvo activo durante casi seis décadas, realizando un recorrido vital —expresado en una obra vasta e inagotable— en paralelo con la serie de acontecimientos que marcaron la vida del laborioso pueblo japonés en un siglo convulsionado que cambió para siempre el rostro del país. La relevancia de la obra de Tanizaki no reside tanto en la longevidad del autor ni en las miles de páginas que escribió; se fundamenta en la conciencia hipercrítica que le permitió cuestionar, cambiar e incluso dar un giro espectacular a sus escritos en los momentos clave, manteniendo siempre ese carácter arriesgado, experimental, reflexivo e innovador que es propio de la modernidad.

Junichiro Tanizaki nace el 24 de julio de 1886 en Nihonbashi, un distrito comercial cercano a la Bahía de Tokio. Nihonbashi fue durante los siglos XVIII y XIX de la época del Shogunato de Edo un centro muy importante del Ukiyo-e, es decir de las representaciones gráficas (dibujos y grabados) centradas en escenas de la vida cortesana y cotidiana, a menudo con un

alto contenido erótico. La familia de Tanizaki era dueña de una imprenta fundada por su abuelo, y se supone que los materiales del Ukiyo-e eran de uso común en la empresa familiar. El niño Junichiro creció durante sus primeros años en un ambiente de prosperidad, consentido por el abuelo y aprendiendo los valores de la tradición. Muy pronto se aficionó al teatro, que frecuentaba en compañía de su madre. Luego vinieron malos tiempos para la economía del hogar, y los Tanizaki tuvieron que mudarse a un barrio más modesto.

Tanizaki emprende estudios de Literatura en la Universidad de Tokio, que luego abandona al negarse en un acto de rebeldía a cancelar la matrícula. También, durante esos años, se consagra a la vida bohemia en una ciudad cosmopolita que ofrecía muchas oportunidades de diversión.

De temprana vocación literaria, en 1910 a la edad de 24 años publica uno de sus mejores cuentos cortos, “Shisei” (“El tatuador”), en el cual se nota la influencia de Edgar Allan Poe y Oscar Wilde. Justamente por esas fechas traduce *El retrato de Dorian Gray*, la famosa novela de Wilde. El tema de la belleza femenina unido a las preocupaciones éticas y a una suerte de tragedia personal en la cual el elemento masculino se convierte en víctima, son los ejes esenciales que caracterizan sus primeros relatos. Las obsesiones eróticas destructivas, la búsqueda de la belleza en el cuerpo de la mujer y la contradicción entre la tradición y la modernidad en un país permeable y al mismo tiempo reacio a los cambios, marcarán la obra de Tanizaki hasta el final de sus días. Es curioso que luego de haber publicado, con un éxito que se podría calificar de estruendoso, “El tatuador”, un cuento típicamente a lo Poe, Tanizaki no continúe utilizando estos modelos y recursos de la literatura occidental, en los cuales la brevedad, la tensión, un lenguaje directo y eficiente y la ineludible sorpresa final forman parte de la rígida estrategia narrativa. A diferencia de su contemporáneo Ryunosuke Akutagawa (1882-1927), que permanece fiel a las formas breves y a la tradición formal adquirida de Occidente, Tanizaki deriva hacia una escritura desbordada, que de no mediar grandes diferencias culturales podríamos calificar de barroca. Su prosa es a menudo reiterativa y rizomática, y me atrevería a calificarla de analítica, pues en la reiteración no quiere dejar nada por fuera: y así cada relato se convierte para Tanizaki en una profunda indagación en los motivos que mueven la psiquis humana.

Habrá que distinguir entonces en esta primera etapa (1910-1923) de la obra de Tanizaki, caracterizada por su infatuaci3n hacia lo occidental, por un lado los temas de sus mltiples relatos —en una producci3n volcánica e incontenible— y por el otro las técnicas y procedimientos en los cuales podríamos encontrar rasgos de originalidad, que vistos con la 3ptica del paso del tiempo responden a una tradici3n muy japonesa inaugurada por el maestro Natsume Soseki. Si nos demoramos en estas consideraciones, tal vez propias de eruditos, es porque los dos relatos o novelas breves (“Jotaro, el masoquista”, 1914 y “Tristeza de hereje”, 1917) que ofrecemos en traducci3n directa del japonés a los lectores de lengua española, pertenecen justamente a la etapa juvenil de Tanizaki. Y aunque conservan esa actualidad, marcada por cierta pátina impresa por las huellas del tiempo, propia de los relatos clásicos, deberían ser leídos ubicándolos en su tiempo hist3rico, es decir con la perspectiva de casi un siglo de distancia y en una cultura situada en las antípodas de la nuestra.

Para los estudiosos de la vida y obra de Junichiro Tanizaki resulta curioso y aleccionador observar el espectacular giro, propio de un acr3bata, que da nuestro autor en sus escritos posteriores a 1923. De la infatuaci3n por lo occidental salta al extremo de la exaltaci3n de lo nacional, convirtiéndose en un crítico acérrimo de la fascinaci3n de los japoneses por los valores recién llegados de Occidente: modas, vestidos, peinados, culinaria, expresiones idiomáticas y la concepci3n misma de la belleza. Durante esos años, Tanizaki escribe numerosos relatos en los cuales predominan los temas relacionados con la sensualidad, la búsqueda de la belleza, las costumbres de una sociedad refinada y cosmopolita y algunos directamente escabrosos que van desde el fetichismo (que, de hecho, recorre toda su obra), cierto animalismo e incluso la necrofilia con un toque de gourmet.

El terremoto que devasta Tokio y Yokohama en 1923 tiene una influencia determinante en la vida y en la obra posterior de Junichiro Tanizaki. A raíz del terremoto, Tanizaki, que habitaba la zona más chic de Yokohama, poblada en su mayor parte por extranjeros, abandona su familia y se muda a la regi3n de Kansai (Kyoto, Osaka, Kobe), donde, a diferencia de la moderna y destruida Tokio, se conservan los más rancios valores de la tradici3n japonesa. All  se establece y cambia radicalmente su forma de escribir como si hubiera experimentado una repentina revelaci3n que lo llevara a

sufrir una mudanza en su visión del mundo. Desde su nueva residencia comienza la etapa más intensa y prolífica de su carrera literaria.

Una de sus primeras novelas de esa época es *Chijin no ai* (Naomi, 1924), en la cual hace un retrato magistral, preciso y lleno de humor, de Joji, un ingeniero de mediana edad enamorado locamente de una joven-císima mujer fatal obsesionada por los signos más banales de la cultura occidental. No sería arriesgado decir que Naomi es un ilustre antecedente de la inolvidable *Lolita* de Nabokov. Luego sigue la extraordinaria *Tade kuu mushi* (*Hay quien prefiere las ortigas*, 1929), que plantea, dentro de una contenida tragedia familiar (la absurda postergación de un divorcio) los conflictos de una sociedad en vías de transformación. Inspirado en el dialecto de Kansai, Tanizaki publica en 1931 *Manji* —卍— (literalmente *Svástica*, que en japonés tiene una connotación ligeramente religiosa, muy diferente a la adoptada por el nazismo) donde explora a fondo el tema del lesbianismo. En 1933 Tanizaki sorprende al estamento cultural de su país con su exquisito ensayo *In 'ei raisan* (*Elogio de la sombra*), considerado por la crítica japonesa como el ensayo más importante de cualquier época publicado en Japón, y que es una visión del ser esencialmente japonés en todas sus dimensiones.

Dentro de su inmersión en la tradición e historia del Japón, Tanizaki escribe novelas basadas en algún hecho histórico, transformadas en verdaderas obras de arte debido a sus habilidades estéticas. Tal es el caso de *Bushuko hiwa* (*La historia secreta del señor de Musashi*, 1935), ubicada durante las guerras civiles del siglo XVI narra una historia bizarra que mezcla la venganza de una dama de la nobleza con el acicalamiento de las cabezas recién cortadas, una confusa historia de amor juvenil con las costumbres escatológicas (retomadas años más tarde en *La madre del capitán Shigemoto*) de la época que habrían hecho palidecer de envidia al Marqués de Sade. En la misma línea, Tanizaki realiza una cuidadosa traducción de la monumental novela de Murasaki Shikibu, *Genji monogatari* (*La historia de Genji*), que data de la primera década del siglo XI y que ha sido considerada por unanimidad como la obra cumbre de la literatura japonesa. Finalmente, luego de las vicisitudes de la Segunda Guerra Mundial cuando la obra de Tanizaki fue prohibida por la censura militar, publica la que se considera como su novela más extensa y ambiciosa, *Sasameyuki* (*Las her-*

manas Makioka, 1948), un ambicioso fresco, a la manera de las grandes novelas rusas del siglo XIX, centrado en los preparativos del matrimonio de una de las hermanas de un cuarteto, que explora con exquisito gusto — no exento de nostalgia por el tiempo perdido— y de una forma por demás morosa y detallada los usos y costumbres de la sociedad japonesa de la década del treinta.

Ya en su madurez, como si se considerara más allá del bien y del mal, Tanizaki abandona su temática nacionalista y se inclina por tramas de un erotismo refinado y decadente. En *Shôshô Shigemoto no haha* (*La madre del capitán Shigemoto*, 1949), basada en datos históricos del siglo X, en plena época Heian, cuando el refinamiento cortesano alcanzó visos de decadencia. En esta novela se cuenta una historia muy curiosa que ilustra los vicios nada ocultos y el cinismo de ciertos personajes amparados en los privilegios del poder, y al mismo tiempo va tejiendo la edípica obsesión de un niño por su madre, una joven beldad de una belleza extraordinaria. *Kagi* (*La llave*, 1956), construida mediante el recurso de un par de diarios paralelos llevados por una pareja de mediana edad que intenta recuperar la sexualidad perdida, se convierte en la puesta en escena de las pasiones más elementales y salvajes que motivan los sentimientos humanos. La historia, que tiene un final previsiblemente trágico, podría considerarse como un catálogo de perversiones domésticas. Casi al final de su vida, Tanizaki, que no ha cesado de escribir, nos sorprende de nuevo con *Futen rojin nikki* (*Diario de un viejo loco*, 1962), que tal vez represente su testamento literario. Un anciano rico se enamora locamente de su nuera, una chica avispada y casquivana que le sigue la corriente, aprovechándose de sus regalos extravagantes para llevar una vida de lujo, y ofreciéndole a su vez algunas satisfacciones mínimas y mezquinas, de índole fetichista, que mantienen al anciano en un estado de permanente excitación.

La obra de Tanizaki es vasta y reveladora de las múltiples facetas de una cultura con valores propios enraizada en siglos de tradición, que intenta sobrevivir a la avalancha tentadora de nuevas ofertas, adoptando las más convenientes y reivindicando sus logros más valiosos, aquellos que la definen como una cultura única, refinada y auténtica. Tanizaki representa, como ningún otro artista de su tiempo, el espíritu y la esencia del Japón.

Tanizaki gozó en vida de una fama muy merecida y recibió las más altas

distinciones en su país y en el extranjero. En 1949 se le concede el Premio Imperial, el máximo reconocimiento que se otorga en Japón a un artista. Fue elogiado por escritores como Henry Miller, y a principio de los sesenta su nombre sonó en varias oportunidades como un sólido candidato al premio Nobel. Un crítico tan exigente como Donald Keene, probablemente el mayor especialista extranjero en Literatura Japonesa, por allá en 1953 escribió que Tanizaki era el máximo novelista moderno del Japón. Existen numerosas traducciones de Tanizaki en inglés y francés. En Francia, donde lo han adoptado casi como propio, la famosa colección La Pléyade de la Editorial Gallimard publicó en 1959, en dos tomos, gran parte de la obra de Tanizaki. Aunque Tanizaki no viajó nunca a Occidente, en Estados Unidos se le tuvo en alta estima hasta el punto de haber sido incorporado al Instituto Nacional de Arte y Letras, es decir a la Academia Americana. En español, su obra ha sido conocida de forma esporádica, despertando en los últimos años un renacido interés en España, México y Venezuela.

Mérida, agosto de 2009